

Terroristas, pero nuestros terroristas.

¿Dónde pueden los terroristas encontrar puertos seguros?

Si tú eres de la variedad de Exiliados Cubanos, aquí mismo.

KIRK NIELSEN

Miami New Times, 20 de diciembre de 2001.

Sinceramente, confío en que algún día Cuba no tenga necesidad de que personas como yo, voluntariamente y por amor a su país y a su pueblo, vengan a este país a luchar contra el terrorismo.»

FERNANDO GONZÁLEZ LLORT

***Algo más sobre el terrorista
Ramón Saúl Sánchez Rizo***

René González Schwerert

A: Editora Capitán San Luis

16 de diciembre del 2004

“Año del 45 Aniversario del Triunfo de la Revolución”

Cuando conocí a Ramón Saúl Sánchez, a principios de 1995, este ganaba notoriedad en el ambiente político de Miami a través de una variante de pacifismo algo sui géneris, nacida en no menos sui géneris e inexplicables circunstancias.

La ciudad estaba en crisis. En el mes de mayo se habían firmado los acuerdos migratorios que permitirían la emigración, de manera segura, a veinte mil cubanos cada año. El ghetto explotó. Quienes hasta unos días antes defendían el derecho de los cubanos en la isla a jugarse la vida en frágiles balsas para alcanzar la tierra prometida, se rebelaban ahora cuando la tierra prometida se abría a los de allá, permitiéndoles la inmigración sin arriesgar sus vidas.

Cómo los supuestos defensores del derecho de los balseros a la “libertad”, se convirtieron repentinamente en fieros opositores a que sus defendidos alcanzaran la susodicha “libertad” cómodamente, en un avión, es lo que haría, para cualquier persona racional, inexplicables las circunstancias; pero eso es tema para otro ensayo de respuntes sociológicos.

El caso es que en medio del caos, de los embotellamientos de autopistas y otras manifestaciones de protesta generadas por los acuerdos migratorios, Ramoncito —para sus amigos— re-

sucitó a la vida pública tras un retiro en prisión, donde había cumplido condena por negarse a testificar en relación a los crímenes en que había tomado parte —incluyendo el asesinato de diplomáticos cubanos—, como miembro de las organizaciones Abdala y Omega 7.

En aquellas protestas y disturbios callejeros se inspiró el método del pacifismo *sui generis* a que me refería antes; pero lo que lo hacía *sui generis* era en realidad el propósito: crear un incidente internacional entre Cuba y Estados Unidos que luego pudiera escalar en una confrontación armada. De ahí surgieron las cacareadas “flotillas”: meras irrupciones ilegales en Cuba, en embarcaciones con matrícula norteamericana, reclamando un hipócrita y pretendido derecho al retorno que todavía, en el 2004, es negado por el gobierno norteamericano sin que sean muchos los que se quejen. (Esto sería también tema de otro ensayo).

El éxito propagandístico de la primera flotilla —efectuada en julio de 1995— elevó la popularidad de Ramoncito en un ghetto escaso de héroes, impidiéndole aceptar el estrepitoso fracaso de las que le siguieran en septiembre y noviembre del mismo año. Fue así que nos vimos, meses después, reunidos alrededor de un mapa mientras planificábamos otro ambicioso fracaso: una provocación simultánea por tres puntos distintos de Cuba, en esta ocasión con desembarco incluido.

Uno de los puntos de desembarco estaría localizado en los alrededores de Nipe, y mientras identificábamos en la carta los posibles puntos de contingencia el dedo de Ramón Saúl se detuvo en el símbolo de un barco hundido, no lejos de Cayo Guincho, al norte de Ciego de Ávila. Rompiendo su habitual reserva —lo que ahora supongo lamentará— confesó algo divertido:

—Ese barco fue el que hundimos nosotros.

A continuación le escuchamos describir como en los años setenta, como parte de un grupo de asalto, tomaron el barco en la noche y, dejando a los tripulantes en un bote a la deriva, le prendieron fuego para hacerlo zozobrar.

De aquellos tiempos era visita ocasional, en aquel oasis del pacifismo que eran las oficinas del Movimiento Democracia, un señor alto y canoso, algo sobre los cincuenta, de quien Ramón decía que era “un patriota de verdad, de los buenos” a quien “por razones tácticas” no convenía vincular mucho al grupo pacifista. El maestro —como también le llamaba

Ramoncito— fue figura que fue y vino hasta que dejé de verlo, al menos por un tiempo, cuando me arrestaron.

La próxima vez que le vi fue en una fotografía, a propósito del grupo de Miami que formaría la comisión de apoyo en favor de Luis Posada Carriles y los otros tres terroristas procesados en Panamá. Reynold Rodríguez —El Maestro, según Ramón Saúl Sánchez— era uno de aquellos.

El 11 de septiembre del 2001 los Estados Unidos de América —o América, así a secas, como les gusta llamarse a sí mismos— descubrieron el terrorismo. (O perdieron su inocencia, al decir del idiota ilustrado al servicio de algún medio imperial que acuñó la frase).

Parecería que en la ola indiscriminada de represión doméstica que siguió no quedaría terrorista suelto en América. Después de todo miles de inocentes fueron desaparecidos de la vista pública por razones mucho más triviales, tales como su origen étnico.

Fue así que la ley tocó a la puerta de Ramón Saúl, y sus antecedentes terroristas le colocaron en conflicto con el Acta Patriótica. Pronto supimos que podría correr la suerte que según el presidente el país tenía reservada a quienes se dedicaban al terrorismo —o sea, a personas como Ramoncito— y los cables nos dijeron que sería sometido a un proceso del que dependería su estancia en América —la imperial, así a secas.

Demasiado pedir. Creer que el gobierno norteamericano trataría a sus terroristas como unos terroristas cualesquiera sería como creerse el cuento cursi de la pérdida inocencia.

Ramón Saúl Sánchez se queda; como se quedan su maestro Reynold, Posada y tantos más. El terrorismo contra Cuba seguirá siendo un secreto bien guardado por cualquier “prensa libre” que se respete. Nuestras víctimas no habrán existido, tal y como ahora mismo desaparecen diariamente, enterradas por una indiferencia criminal, las víctimas inocentes en Iraq o en Palestina.

Pero no desaparecerá, como una víctima más, Cuba. Al imperio suicida que lo intente se lo tragará la moral de nuestro pueblo y en esa, su aventura final, entonarán el canto del cisne, junto al imperio que los parió, sus terroristas y el abominable crimen contra la humanidad que es el terrorismo.

René González Schwerert
Federal Correctional Institution
Edgefield, South Carolina.

A: Editora Capitan San Luis.

16 de diciembre del 2004.
"Año del 45 Aniversario del Triunfo de la Revolución"

Quando conocí a Ramón Saúl Sánchez, a principios de 1995, este ganaba notoriedad en el ambiente político de Miami a través de una variante de pacifismo algo sui géneris, nacida en no menos sui géneris e inexplicables circunstancias.

La ciudad estaba en crisis. En el mes de mayo se habían firmado los acuerdos migratorios que permitirían la emigración, de manera segura, a veinte mil cubanos cada año. El ghetto explotó. Quienes hasta unos días antes defendían el derecho de los cubanos en la isla a jugarse la vida en frágiles balsas para alcanzar la tierra prometida, se rebelaban ahora cuando la tierra prometida se abría a los de allá, permitiéndoles la inmigración sin arriesgar sus vidas.

Como los supuestos defensores del derecho de los balseros a la "libertad", se convirtieron repentinamente en fieros opositores a que sus defendidos alcanzaran la susodicha "libertad" cómodamente, en un avión, es lo que haría, para cualquier persona racional, inexplicables las circunstancias; pero eso es tema para otro ensayo de pespuntos sociológicos.

El caso es que en medio del caos, de los embotellamientos de autopistas y otras manifestaciones de protesta generadas por los acuerdos migratorios, Ramoncito -para sus amigos- resucitó a la vida pública tras un retiro en prisión, donde había cumplido condena por negarse a testificar en relación a los crímenes en que había tomado parte -incluyendo el asesinato de diplomáticos cubanos-, como miembro de las organizaciones Abdala y Omega 7.

En aquellas protestas y disturbios callejeros se inspiró el método del pacifismo sui géneris a que me refería antes; pero lo que lo hacía sui géneris era en realidad el propósito: crear un incidente internacional entre Cuba y los Estados Unidos que luego pudiera escalar en una confrontación armada. De ahí surgieron las cacareadas "flotillas": maras irrupciones ilegales en Cuba, en embarcaciones con matrícula norteamericana, reclamando un hipócrita y pretendido derecho al retorno que todavía, en el 2004, es negado por el gobierno norteamericano sin que sean muchos los que se quejen. (Esto sería también tema de otro ensayo)

El éxito propagandístico de la primera flotilla -efectuada en julio de 1995- elevó la popularidad de Ramoncito en un ghetto escaso de héroes, impidiéndole aceptar el estrepitoso fracaso de las que le siguieran en septiembre y noviembre del mismo año. Fue así que nos vimos, meses después, reunidos alrededor de un mapa mientras planificábamos otro ambicioso fracaso: una provocación simultánea por tres puntos distintos de Cuba, en esta ocasión con desembarco incluido.

Uno de los puntos de desembarco estaría localizado en los alrededores de Nipe, y mientras identificábamos en la carta los posibles puntos de contingencia el dedo de Ramón Saúl se detuvo en el símbolo de un barco hundido, no lejos de Cayo Guincho, al norte de Ciego de Avila. Rompiendo su habitual reserva -lo que ahora supongo lamentará- confesó algo divertido:

- Ese barco fue el que hundimos nosotros.

A continuación le escuchamos describir como en los años setenta, como parte de un grupo de asalto, tomaron el barco en la noche y, dejando a los tripulantes en un bote a la deriva, le prendieron fuego para hacerlo zozobrar.

De aquellos tiempos era visita ocasional, en aquel oasis del pacifismo que eran las oficinas del Movimiento Democracia, un señor alto y canoso, algo sobre los cincuenta, de quien Ramón decía que era "un patriota de verdad, de los buenos" a quien "por razones tácticas" no convenía vincular mucho al grupo pacifista. El maestro -como también le llamaba Ramoncito- fue figura que fue y vino hasta que dejé de verlo, al menos por un tiempo, cuando me arrestaron.

La próxima vez que le vi fue en una fotografía, a propósito del grupo de Miami que formaría la comisión de apoyo en favor de Luis Posada Carriles y los otros tres terroristas procesados en Panamá. Reynold Rodríguez -El Maestro, según Ramón Saúl Sánchez- era uno de aquellos.

El 11 de septiembre del 2001 los Estados Unidos de América -o América, así a secas, como les gusta llamarse a sí mismos- descubrieron el terrorismo. (O perdieron su inocencia, al decir del idiota ilustrado al servicio de algún medio imperial que acuñó la frase).


Parecería que en la ola indiscriminada de represión doméstica que siguió no quedaría terrorista suelto en América. Después de todo miles de inocentes fueron desaparecidos de la vista pública por razones mucho más triviales, tales como su origen étnico.

Fue así que la ley tocó a la puerta de Ramón Saúl, y sus antecedentes terroristas le colocaron en conflicto con el Acta Patriótica. Pronto supimos que podría correr la suerte que según el presidente al país tenía reservada a quienes se dedicaban al terrorismo -o sea, a personas como Ramoncito- y los cables nos dijeron que sería sometido a un proceso del que dependería su estancia en América -la imperial, así a secas.

Demasiado pedir. Creer que el gobierno norteamericano trataría a **sus terroristas** como unos terroristas cualesquiera sería como creerse el cuento cursi de la pérdida inocencia.

Ramón Saúl Sánchez se queda; como se quedan su maestro Reynold, Posada y tantos más. El terrorismo contra Cuba seguirá siendo un secreto bien guardado por cualquier "prensa libre" que se respete. Nuestras víctimas no habrán existido, tal y como ahora mismo desaparecen diariamente, enterradas por una indiferencia criminal, las víctimas inocentes en Iraq o en Palestina.

Pero no desaparecerá, como una víctima más, Cuba. Al imperio suicida que lo intente se lo tragará la moral de nuestro pueblo y en esa, su aventura final, entonarán el canto del cisne, junto al imperio que los parió, sus terroristas y el abominable crimen contra la humanidad que es el terrorismo.


René González Behwerert
Federal Correctional Institution
Edgefield, South Carolina

En el caso de los cinco, el juicio se celebró en una ciudad completamente hostil para los acusados (Miami) donde era imposible realizar un proceso justo e imparcial, lo que fue demostrado previamente por los abogados de la defensa quienes presentaron una moción para un cambio de sede, la que fue rechazada.

Seguiremos apelando a la vocación por la verdad del pueblo norteamericano con toda la paciencia, la fe y el coraje que nos puede infundir el crimen de ser dignos.

RENÉ GONZÁLEZ SEHEWERERT

Leonel Macías González:
Traición en el canal. La muerte en la 50-34

Ileana García

El sonido de los disparos destrozó el silencio. Transcurrieron apenas unos segundos. El hombre cayó al mar para perderse en un remolino, mientras el fondo del canal lo envolvía...

—“¡Vamos, teniente!” . Lo sorprendió la voz del patrón de la pequeña embarcación. Estaba mirando el azul intenso de las aguas de la bahía. Pensaba muchas cosas, en cuántos misterios tiene el mar, en sus hijos. Era joven, 38 años, pero sentía que el tiempo no le alcanzaba.

Subió a la lancha con agilidad y se sentó en la popa a contemplar el paisaje. A lo lejos, el puerto del Mariel. Sería una travesía corta, unos 20 minutos, hasta el muelle de playa La Boca, un trayecto acostumbrado para el transporte auxiliar de la Unidad Militar 43-49 de la marina. Intercambió saludos con la tripulación, Osmany, Yahazimell y Arnel. Era el último de los tres viajes del día...

Las aguas parecían más oscuras que nunca, y los buzos se sumergían una y otra vez. La búsqueda se extendía infructuosamente.

El teniente de navío Roberto Aguilar Reyes se sentó en la popa; era el jefe y responsable de la custodia de la lancha. Escuchó

las bromas de los tripulantes y tres trabajadores civiles de la unidad y se concentró en su misión, sereno y callado. Llegaron a la playa La Boca y desembarcaron los viajeros. Unos minutos más y la lancha emprendería el regreso.

Roberto esperaba pacientemente. En su rostro se dibujó una leve sonrisa. Recordaba a sus hijos Liudmila, la mayor, de 13 años, Daney que cumplió 10 y Deusnelly —Piky—, de nueve, a quien llevaba frecuentemente a la Unidad. Ellos lo llamaban Pipa, y sus familiares y amigos, Bebo.

Es lunes ocho de agosto. En estas vacaciones no hubo viaje a Camagüey, pues Georgina, su madre, pasaba unos días con él, su esposa Daysi y los muchachos. ¿Habría recibido Daysi el mensaje de que buscara el pasaje de vuelta de la vieja? Al salir de casa el sábado, cuando lo llamaron de la unidad, olvidó recordarle a ella el asunto del boleto.

Georgina, cuando vio por televisión las honras fúnebres del joven Lamothe Caballero,¹ dijo conmovida:

—“¡Mira Bebo, mira a esa pobre madre!”

—“No sienta temor, usted tiene que estar orgullosa de sus hijos” —le respondió.

Llegó la hora de partir de regreso a la unidad. La lancha de ferrocemento 50-34 estaba lista alrededor de las 5:30 de la tarde.

—¡Teniente! —llamó un joven recluta—. Por favor, necesito aprovechar este viaje, yo estaba de vacaciones y voy a entregar un certificado médico.

Roberto lo conocía y le permitió abordar. Era Leonel, un muchacho que llevaba varios meses en la base. Sería el único pasajero en esta ocasión.

Habían pasado más de 30 horas de exploración. De día y de noche. En el remolcador la angustia apretaba al tiempo, mientras se escuchaba el sonido del vaivén de las aguas al chocar una y otra vez contra la nave...

La embarcación desatraco de La Boca. La tripulación, cerca de la proa. El Teniente se sentó tranquilo en la popa. Dentro de

¹ Gabriel Lamothe Caballero, joven combatiente del MININT vilmente asesinado el 4 de agosto de 1994.

poco estaría de vuelta a la unidad con sus compañeros. A la altura de la ensenada de Lazarete, Leonel se acercó a los tripulantes.

—“Miren, les traje pizzas” —e inesperadamente sacó de una pequeña bolsa de nylon un arma. Todo sucedió en instantes. Sorprendidos vieron como aquel hombre daba media vuelta, levantaba el arma y disparaba fríamente al teniente, quien apenas tuvo tiempo para hacer un gesto tratando de coger el revólver que llevaba detrás, en la cintura.

—¡Y ustedes, si no quieren acompañarlo en el fondo de la bahía, se quedan tranquilos y toman rumbo al muelle de la arenera! ¡A mí no me importa cargar con otro muerto más! —gritó el asesino amenazando con su revólver a los tripulantes, quienes viajaban desarmados.

Llegaron al muelle de la arenera. El secuestrador había obligado a los jóvenes a tenderse boca abajo sobre cubierta. La lancha fue abordada por 26 personas, incluidos varios niños, para enrumbarse hacia la salida de la bahía.

—¡Y estos comemierdas no se quieren ir! —dice Macías pegando el cañón a la cabeza de uno de los tripulantes.

—¡No hay que matarlos! —se escucha la voz temblorosa de una mujer. A unos 60 metros de la costa, el criminal ordenó a Osmany, Yahasimell y Arnel, que se lanzaran al agua...

—¡Nos siguen! —gritó uno de los cómplices del secuestro, al divisar naves de Tropas Guardafronteras cubanas, quienes los conminaban a detener la travesía. A bordo dominaba el nerviosismo.

—¡Esto no se para hasta Miami, carajo! —repetía retador Macías, que no cesaba de imaginar su llegada a Estados Unidos. Si de algo estaba seguro era del recibimiento.

—Esos americanos seguro me sacan en los periódicos. ¡A vivir la vida, coño!

Ante la negativa de los secuestradores de detener la lancha y con el objetivo de evitar pérdidas de vidas en el mar las unidades navales de las Tropas Guardafronteras de Cuba cesan el acompañamiento de la nave secuestrada en posición 23-16 norte y longitud 82-36 oeste, con rumbo 010... se informa al Servicio de Guardacostas de Miami.

El aviso transmitido por las autoridades cubanas había sido decisivo en el salvamento. Tras interminables horas de navegación la desesperación y el terror ocuparon cada espacio de la lancha, que estaba haciendo agua.

—¡Allá viene un barco, un barco! —se escuchó sobre la masa confusa de sonidos del mar, de llantos, de miedos y gritos.

—¡Estamos salvados, coño! ¡Vivan los americanos! —exclamó a todo pulmón Macías González.

El guardacostas *Courageus* rescató al grupo en los momentos en que se hundía la pirateada embarcación. Los emigrantes ilegales, cómplices de la acción vandálica, vieron con horror cómo el mar se tragaba a la 50-34.

“El oficial supuestamente asesinado por secuestradores de un buque cubano está vivo...” daba a conocer el Servicio de Guardacostas de Estados Unidos... “Nuestros informes revelaron que nadie murió, la persona supuestamente asesinada se encontraba a bordo, aseguró el oficial Steve Banks de la guardia costera.”

“El gobierno de Estados Unidos carece de pruebas para confirmar que los secuestradores de un barco de la marina de su país mataron a un oficial y arrojaron otros al mar”, informó Michael Mc Curry, vocero del Departamento de Estado... “A pesar de la reclamación de La Habana, basada en que los refugiados son delincuentes y deben ser juzgados. Estados Unidos no tiene intención por ahora de devolverlos a Cuba...”

Roberto había sido asesinado el 8 de agosto de 1994. El día 10 continuaba incesante la búsqueda en el canal. Cerca de las 11 de la mañana emergió uno de los buzos: —¡Lo encontramos!

Los minutos que siguieron fueron escalofriantes. Estábamos en el remolcador.⁵ Nos miramos. El nudo de la tragedia nos apretaba la garganta. Vimos un breve e intenso movimiento en el agua y emergió de golpe el rostro deformado, hinchado, del cadáver en descomposición.

⁵ La autora fue testigo presencial como periodista de la búsqueda y aparición del cadáver.

Después de más de 40 horas bajo las aguas, allí estaba el cuerpo de Roberto, vistiendo su pulóver de marinero. Aquel hombre, aún muerto, había sido capaz de hacer pedazos las cínicas mentiras de los americanos y defender la honra de su país.

A la humilde casa del teniente de navío llegó la noticia. Decenas de vecinos se agrupaban alrededor de la entrada al edificio de microbrigada del reparto Silvio Caro, en Cabañas. Nos fue difícil llegar hasta la puerta. Allí estaba erguida Georgina. Al verla se evocaba a Mariana Grajales, no solo por su asombroso parecido físico, sino también por su entereza y coraje. No lloraba. Contenía su dolor. —“¡No quiero lágrimas aquí!” —había exclamado con firmeza.

—Mi hijo cumplía con su deber. Estoy orgullosa de él. Esos asesinos no podrán acabar con la Revolución —afirmaba despacio, haciendo de cada palabra una sentencia.

Estaba rodeada de sus familiares, de los niños, de la esposa de Roberto, de amigos y compañeros del teniente de navío, condecorado *post mortem* por el Consejo de Estado de la República de Cuba con la Orden al Valor Antonio Maceo.

Los cubanos le rindieron homenaje en el Mariel y sus restos fueron enterrados en Camagüey. El general de ejército Raúl Castro acompañó a la familia. La imagen del ministro de las FAR y Georgina, saludando militarmente mientras se realizaba la ceremonia, quedó imborrable...

Las máscaras de la mentira

El 11 de agosto, Fidel comparecía en la televisión. Al relatar los hechos expresaba:

“[...] Solo a las 11:00 de la mañana del día 10 aparece el cadáver. Pero, ¿qué hicieron ellos mientras tanto? Empezaron a lanzar sus versiones y sus informaciones al mundo, mentirosas, falsas, tratando de ocultar los hechos y de amparar al responsable y a los cómplices de aquel asesinato [...]

”[...] era difícil la situación si no aparecía el cadáver, realmente era difícil, porque el único testimonio era el de los tres marineros, y frente a eso ya la leyenda de que era el que había secuestrado el barco, y presentando al otro como oficial, que

llevaba apenas cuatro o cinco meses en el Servicio Militar General, mientras que este hombre, al que asesina, llevaba muchos años, posee una bonita historia y una historia meritoria [...]

”[...] el día cuatro asesinan a Lamothe y cuatro días después asesinan a Aguilar [...] Eso ha ocurrido en menos de una semana, lo cual puede dar una idea del nivel de estímulo y de impunidad que experimentan los elementos que han llevado a cabo estas fechorías [...]

”[...] Hay que tener una sensación de impunidad absoluta para hacer eso y, claro, después que ven lo que hacen con ellos allá en la Florida. Así ha sido todo, y no han sancionado a nadie durante un montón de años en que han secuestrado barcos; han secuestrado aviones, han cometido crímenes, han hecho de todo y no ha habido una sola sanción, ni una sola!

”[...] Este es un hombre [Aguilar] que tiene muchos méritos, muy humilde, muy modesto, muy revolucionario, y ha caído cumpliendo también su deber [...]

Nota diplomática

República de Cuba
Ministerio de Relaciones Exteriores

A la Honorable Embajada de Suiza
Sección de Intereses de Estados Unidos
De América
La Habana

El Ministerio de Relaciones Exteriores saluda atentamente a la Honorable Embajada de Suiza. Sección de Intereses de Estados Unidos de América y en relación con el secuestro del Ferrocemento 5034 de la Marina de Guerra Revolucionaria, que tuvo lugar en la Bahía del Mariel el 8 de agosto de 1994 y en el que resultó asesinado el teniente de navío Roberto Aguilar Reyes, tiene a bien hacerle entrega del expediente que sobre estos hechos confeccionó el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y que contiene la siguiente documentación:

Carpeta Nro. 1:

- Informe resumen de los hechos.
- Informe preliminar.
- Ficha de características generales del oficial asesinado.
- Ficha del asesino.
- Mensajes intercambiados entre el Servicio de Guardacostas de Miami y las Tropas Guardafronteras de Cuba.
- Resolución oficial de apertura del expediente.
- Acta de inspección ocular del lugar de los hechos.
- Acta de reconstrucción de los hechos.
- Acta del hallazgo del cadáver.
- Acta de inspección del cadáver.

Carpeta Nro. 2:

- Diligencias testificales y otras sobre los hechos, circunstancias, acta de ocupación de propiedades, etc.

Carpeta Nro. 3

- Fototablas:
 - Desarrollo del secuestro.
 - Hallazgo del cadáver.
 - Hallazgo, levantamiento y necropsia.
 - Necropsia.
 - Peritaje dactiloscópico.
- Carta náutica de la Bahía del Mariel con ilustrativa del desarrollo de los hechos.
- Video.

El Ministerio de Relaciones Exteriores aprovecha la ocasión para reiterarle a la Honorable Embajada de Suiza, Sección de Intereses de Estados Unidos de América, el testimonio de su consideración.

La Habana, 16 de agosto de 1994.

Macías era interrogado por las autoridades estadounidenses. —¡Mentira! ¡Yo no maté a nadie! ¡Patrañas de los comunistas! ¡Les juro que en este viaje a la libertad no se murió nadie. ¡Yo soy el único oficial de la marina que vino en la

lancha, y aquí estoy! Pregunten a los demás, y díganle a Castro que muestre el cadáver. Si hubo un muerto, ¿dónde está? ¡Soy inocente!

La prensa en Miami se hacía eco de los hechos: “Era uno de los momentos más tensos entre Washington y La Habana, la Guardia Costera de USA detuvo en el mar, en la noche del martes, a los 26 pasajeros de una nave cubana supuestamente secuestrada. El gobierno cubano acusa a uno de ellos de asesinar al capitán de la embarcación, un teniente de navío. Las autoridades estadounidenses a bordo del guardacostas *Courageous* estaban entrevistando a los refugiados, y no se ha adoptado aún la decisión de su destino...”

Después, la aparición del cadáver de Roberto Aguilar Reyes, obligó al asesino a cambiar su estrategia.

—¡Maldición! ¡Encontraron al hijo de puta! —se dijo.

Estaba en el centro federal de detenciones y decidió enviar una carta al señor Arturo Cobo, jefe del Centro de Tránsito para Refugiados Cubanos.

El texto comenzaba así: “Yo no he cometido ningún delito. Actué en defensa propia y deposito mi confianza en las leyes americanas, por las cuales arriesgué mi vida. Soy un cubano que quiere vivir en libertad. Si me regresan a Cuba, Castro me ejecutará. Prefiero vivir en una cárcel en Estados Unidos donde podré dormir y despertar en paz...”

Tras una década

En el reparto Silvio Caro, en la secundaria básica que lleva el nombre de Roberto, cuidan permanentemente un sitio en su homenaje. Daysi, la esposa, conserva fotos y objetos personales del mártir, entre ellos las charreteras de teniente de navío que usaba.

Piky pasa el Servicio Militar General en la misma base de la MGR a la que pertenecía su papá, Deusney cursa estudios de Medicina, y Liudmila tiene dos niños.

La madre del teniente, Georgina, sigue viviendo en Camagüey junto a sus otros hijos —Norberto y Omar (militares) y Xiomara—, sufriendo en cada instante la desgarradora ausencia.

Glenda Cordero Aguilar, una hermosa niña de cinco años nos cuenta: —“A mi abuelo lo mató un hombre malo para llevarse una lancha...”

Otro criminal en Miami

No importaba a Macías que tuviera que ir a juicio después. “Todo está bien, los americanos no me van a fallar. ¡De ninguna manera!”, se decía una y otra vez, aunque siempre le quedaba cierta duda por el “asunto” del teniente. “En definitiva a ellos no les importa si hubo o no un muerto, o quien lo mató, total, solo es un comunista menos. Yo soy uno más que escapó del infierno comunista, y tuve la valentía de enfrentarme a tiros para venir a la tierra de la libertad”.

Días después del asesinato de Aguilar en 1994, cuando aún el impacto del crimen mantenía consternada a Cuba, se conoció la noticia de que Leonel Macías era liberado en Estados Unidos. La prensa reproducía su imagen, sonriente y eufórico, por las calles de Miami. El pueblo cubano estaba indignado por la afrenta.

Macías se dispuso a “vivir bien”. Por unos días se sintió el héroe del momento. Los anticastristas del llamado exilio cubano lo recibieron calurosamente. Brindó muchas veces por su coraje y se burlaba de “esos perros que me querían joder”. Disfrutó los paseos por la ciudad, por la calle Ocho, y se sumergió en el ambiente miamense...

La animación de los primeros días a su alrededor se fue disipando. Comenzaron a correr los años. “Solamente yo sé las cosas que he tenido que hacer para vivir”, ha dicho más de una vez a sus amigos, teniendo a bien no mencionar explícitamente el oscuro pasaje del acto de piratería en el Mariel. “Eso quedó enterrado y se acabó”.

En toda una década Macías nunca ha sido molestado por las autoridades. Pasea libre y tranquilo entre las palmeras de la soleada Miami, y una de sus últimas hazañas es dedicarse a vender las toallas que roba en su trabajo.

En algo no se equivocó el asesino: los americanos no le fallaron, y duerme y se despierta en paz —como quería—, en la tierra de la libertad, la democracia y la justicia.

Embarcaciones marítimas también han corrido la misma suerte y quienes han asesinado para lograr sus fines no han sido juzgados ni sancionados y gozan de libertad en Estados Unidos.

¿Por qué se van? Porque están absolutamente seguros de su impunidad.

La seguridad total de impunidad y los privilegios y ventajas que les ofrece la Ley de Ajuste Cubano son un poderoso estímulo al terrorismo.

El terrorismo contra Cuba seguirá siendo un secreto bien guardado por cualquier “prensa libre” que se respete. Nuestras víctimas no habrán existido...

RENÉ GONZÁLEZ SEHWERERT

**Rodolfo Frómeta:
Frómeta y F-4: el cruce genético
del terrorismo**

Joel García

La mañana del 2 de junio de 1994 estaba fresca en Miami. Parecía ideal para cerrar un negocio de miles de dólares. Había sido más rápido que lo esperado, pero qué importa, todo era posible en este país. Hasta comprar armas a alguien que en el mismo puerto de Miami Beach se presentó el 7 de mayo como un sargento de las fuerzas armadas norteamericanas. Entonces, sobraron los preámbulos:

—Soy Rodolfo Frómeta, comandante en jefe de la organización Comandos F-4, por la libertad de Cuba —la altanería era notable—, y me han dicho que usted puede vendernos armamentos pesados para lograr el sueño de ver a Cuba libre, democrática y soberana.

El supuesto oficial, Reymon López, obvió tanta palabrería y fue al grano.

—¿Qué desea? Tengo de todo y a bajo precio, pues son armas fuera de uso después de la Guerra del Golfo, comentó amable.

Frómeta acarició su pequeña barba de pirámide, examinó cada una de las propuestas y soltó una ráfaga de pedidos:

—Cuatro misiles Stinger (RPM-antiaéreos), cohetes antitanques (M72 Lightweight), lanzador de granadas (Weapons MK-1940) y explosivos C-4.

—Trato hecho.

Reymon le avisaría la fecha de recogida y el pago sería al contado: 15 000 dólares. Esa fue la cifra que al mediodía del 2 de junio de 1994 ganaría Reymon en el almacén previsto.

Luego de que Frómeta y uno de los más veteranos terroristas de Alpha 66, Fausto Marimón, recibieran las instrucciones de cómo usar tan enorme cargamento, se liquidó la primera parte de la transacción, 5 000 dólares. El resto sería cuando probaran los equipos. Terminaban apenas de montar lo adquirido en la camioneta, cuando un grupo armado del FBI entró en acción. Todo había sido preparado con inteligencia y cautela. Era una más de las tantas operaciones federales, en la cual Reymon actuaba como agente encubierto detrás de una compra ilegal de armas prohibidas.

Pero la historia más terrible, cómplice y cínica, estaba por llegar para Frómeta y su organización. El gobierno le propuso un año de arresto domiciliario si se declaraba culpable y abandonaba Comandos F-4. Varios comerciantes de Miami estuvieron dispuestos incluso a pagar la libertad condicional que pedía el abogado defensor. En medio de la justificación de otros connotados terroristas, el fiscal Wilfredo Fernández dictó la condena final: 41 meses de prisión. Para muchos, una verdadera rebaja, pues Frómeta estaba de nuevo en la calle en septiembre de 1997, beneficiándose de una liberación temporal, bajo las condiciones de permanecer en Miami y de no andar con personas armadas.

Pero este es solo el capítulo intermedio de alguien que no tuvo escrúpulos para reconocer ante la opinión pública nacional e internacional que quería los potentes misiles Stinger para tumbar aviones comerciales en las costas de la isla y por supuesto, helicópteros o aviones donde viajara el Presidente cubano; que pretendía hacer volar puentes o carros por donde estuviera moviéndose el propio Fidel Castro; e incluso, que apoyaba los atentados contra todos los lugares o actividades que generen divisas en el país por parte de las células clandestinas de Comandos F-4 aquí.

Alpha 66, primer paso de impunidad al terror

Cayo Vizcaíno. 7 de febrero de 1994. La intranquilidad de algunos hombres alrededor de un bote de fabricación moderna llamó la atención a los encargados de la aduana y los servicios

de guardacosta del lugar. Una inspección sorpresiva a la embarcación arruinó la infiltración de un comando de Alpha 66 en tierras cubanas, liderados por tres hombres de antecedentes siniestros, Rogelio Abréu Azcuy, Fausto Maribán y Rodolfo Frómeta Caballero.

La confiscación de los pertrechos superó los cálculos de las autoridades: 50 armas de fuego, 26 000 cartuchos, rifles de asalto, pistolas, uniformes y los infaltables miles de dólares.

—“Se nos presentó un problema con el motor” —explicó con irredimible desfachatez a los aduaneros. La prensa al día siguiente aportó la evidencia más elocuente de la impunidad de este tipo de incidentes terroristas. Una foto del comando a la salida de los interrogatorios rumbo a sus respectivas casas, como si nada hubiera ocurrido, tan solo una pequeña confiscación y un mal entendido.

Era una película repetida de apenas tres meses atrás. Casi los mismos protagonistas, en escenarios similares, y con idéntica arrogancia de libertad en la preparación de actos terroristas contra Cuba. En una misma semana, 19 y 23 de octubre de 1993, resultaron detenidos un par de veces en Cayo Maratón. El 19, a 15 millas al sur del cayo con ametralladoras, rifles AK 47, rifle Rugger mini 14, mapas de la isla y demás municiones, en otro intento evidente de infiltración. Cuatro días más tarde, en el mismo sitio y con un arsenal mayor, que según Frómeta se le devolvió completo a la organización Alpha 66 al mostrar ellos la compra legal de estas armas. La orden de este único terrorismo estaba dada de antemano: libres y prestos a nuevas ideas.

Y así lo captó muy bien este típico hombre de ambición, engaño y mentira para fundar en abril de 1994 una de las más connotadas y agresivas organizaciones terroristas radicadas en Estados Unidos, Comandos F-4. Separado de la repugnante y peligrosa Alpha 66 y en especial de su cara central, Nazario Sargén, “porque él solo habla y no actúa, es un embarcador de hombres y con cada infiltración hacía política y vivía de eso”; Frómeta ostenta el mismo grado militar al que fuera ascendido a principios de la década de los 80 del pasado siglo por Nazario y Silverio Rodríguez, otro de los delegados de mayor historial en Alpha 66, aunque ensalzado ahora con un escalón inadmisibles: comandante en jefe.

Años atrás, el propio Silverio llamó a Frómeta y le pidió cuatro mil dólares para comprar armas —fusiles M-16 y ametralladoras en particular— que trasladarían de New Jersey a Miami. El mismo Frómeta declararía después a las autoridades cubanas que todo resultó “una pala” para estafarlo y llenarle las arcas a Sargén, pues las armas nunca existieron.

La propia naturaleza del nombre es risible, burda y criminal. F-4 es un término que viene de la genética y está relacionado con el cruce de animales, aunque en realidad de lo que se trata es de un cruce temible de terrorismo, entre los verdaderos jefes e integrantes del grupo que se pasean con tranquilidad por las calles en Estados Unidos y otros países de la región —hay miembros en República Dominicana y El Salvador según ellos mismos reconocen—, y las fantasmas células en Cuba, cuyos objetivos son obtener una raza superior —doctrina fascista por excelencia— y un cambio político-social, ¿pacífico?, en la isla.

Una infiltración sin chispa

Cualquier día es insignificante para cualquier cosa, pero Frómeta creyó que el 10 de octubre de 1981 había sido elegido para que él entrara en la historia. Una grotesca camarilla de personas, que desde hace más de 40 años han convertido en negocio y ganancias millonarias las acciones de sabotaje, terror y guerra contra Cuba lo citó para Miami. El viaje desde New Jersey del supuesto operador de una compañía de hacer botellas significó el retorno completo a una misión especial de Alpha 66, de donde se había apartado sin explicación un lustro antes, tras salir de un entrenamiento militar en uno de sus campamentos.

Pero Frómeta, católico practicante, creyó en las barbaridades que había que hacer para cambiar la situación en Cuba —incluían atentados, infiltraciones, sabotajes—, discutidas en reuniones de la Junta Patriótica a principios de 1981, donde se vinculó directamente a oficiales de la CIA y escuchó en una ocasión el agradecimiento a esa organización de Guillermo Novo Sampol por la fianza de 250 mil dólares que pagó cuando él fue detenido por la muerte del canciller chileno Orlando Letelier.

Su nombramiento como segundo jefe militar de Alpha 66 en la parte norte vino acompañado de su viaje a Cuba el lunes 11 de octubre. El pretexto era clásico en esa época, un visitante más de la comunidad cubana radicada en suelo estadounidense, el cual se reencontraría con su familia más querida en Guantánamo, donde nació el 3 de agosto de 1945.

—“Cuídate, yo sé que tú vas a encender la chispa allá, y no olvides que detrás iré yo”—, le manifestó orgulloso otro de los miembros de la maquiavélica organización contrarrevolucionaria, Orestes Rafael González, más conocido por El Guajiro.

Y Frómeta no tuvo tiempo siquiera de prender un fósforo, a pesar de que logró reclutar cinco personas en 13 días, entre ellas varios familiares, con el propósito de comenzar a envenenar ganado, sabotear plantaciones de cañas y frutales, así como colocar bombas en los medios de transporte locales y recopilar toda la información militar y política posible. Por supuesto, todo lo anterior bajo la promesa de mucho dinero, “mucho plata” por la “arriesgada colaboración”.

En la tarde del 23 de octubre terminaría la visita comunitaria para Frómeta al comprobársele su actividad subversiva. Ni siquiera ofreció resistencia a los oficiales que lo detuvieron en la novena unidad de policía de la capital cubana. Él mismo se encargó de saludar sin cigarrillos a El Guajiro en la prisión cubana, detenido el 2 de diciembre de ese propio año en el aeropuerto José Martí. Comenzaba otra historia formidable, matizada por el misterio, la mentira y las amenazas en nuestras cárceles, adonde llegó sancionado por 20 años, en abril de 1982.

Prisión y apadrinamiento estadounidense

—“Arriba, Frómeta, hora de salir a tomar el sol”—los ojos achinados miraron con desprecio al teniente Mísber Betancourt, acostumbrado a lidiar con ellos desde que en 1986 trasladaran bajo su custodia a Frómeta para el cuarto piso del edificio 2, área norte, del Combinado del Este, después de cumplir tres años en la unidad penitenciaria de La Cabaña. El pulóver con una letra P detrás estaba bien sucio y el short blanco no recordaba su color original. —“Usted tiene que respetarme y parar-

se en firme porque yo soy comandante” —, alcanzó a decir con su habitual parsimonia en la puerta de la celda colectiva, frase repetida a todas horas, y que provocaba siempre inevitables carcajadas del teniente.

Líder de los conocidos presos plantaos, no perdía tiempo para restregar sus pretensiones de salir de allí, regresar a la isla y acabar con los comunistas de Castro. A todos hay que matarlos, y vamos a empezar por este, señalaba con saña hacia Betancourt. Quizás el crucifijo mediano con un santo identificable propició la primera conversación con El Bíblico, un personaje callado, pero muy seguido por los reclusos en los cultos religiosos que realizaban. Sin embargo, la verdadera relación quedó centrada en planes de huelgas de hambre, exigencias de más comunicación con el exterior y más contactos con gentes dispuestas a “liberar a Cuba”.

Los disparates al hablar en medio de su acento oriental eran unos tras otros. Quería sobresalir por sus innumerables hazañas en Alpha 66, pero terminaba contándolas con verborrea tediosa y a veces confusa hasta para sus seguidores, entre ellos, los hermanos Cardo, Daniel y Jorge Luis y el repugnante Angelito, relacionado con el incendio del círculo Levantán en 1980. Nunca habló de su familia, como tampoco rechazó las visitas reglamentarias, muchas de las cuales utilizó para fabricar embustes y calumnias sobre el trato que recibía allí, y amplificadas en horas y días posteriores por emisoras norteamericanas, en especial Radio Martí.

No fueron pocas las veces que se negó a recibir la dieta por su padecimiento de úlcera. El ambiente diario lo enrarecían además, las malcriadeces y agresiones cuando se le exigía pelarse y afeitarse, las protestas y amenazas por cualquier cosa que le desagradara y las provocaciones directas —ofensas personales incluidas— para que Betancourt perdiera los estribos y lo golpeará, algo que jamás ocurrió por el celo profesional de su custodia.

—“No te preocupes, en Miami ya te tienen abierto un expediente más grande que el tuyo en el Ministerio. Mi gente me sacará de aquí, y después vendré a matarte” —, apuntó una de esas noches en que no dormía, como si estudiara un modo de escaparse.

Y las puertas para Frómeta se abrieron por el único canal que resguarda este tipo de personajes. Una nota de la Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana al Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba del 30 de noviembre de 1989 recogió sin ambages la propuesta: “solicitar la cooperación del Ministerio para concertar entrevistas de los reclusos que se detallan a continuación con funcionarios del Servicio de Inmigración y Naturalización. Todas estas personas aparecían en una lista proporcionada por el Cardenal de Nueva Cork John O’Connor a las autoridades cubanas en 1988 [...]”

Por supuesto, en la lista de 36 personas figuraba Frómeta, acompañado, entre otros, por los hermanos Cardo, y por su socio fuerte en futuras encomiendas terroristas de Alpha 66: Rogelio Abréu Azcuy. El 12 de abril de 1991 y antes de abandonar su casa transitoria en San Rafael, cual típico hombre de suerte, arregló complacido su bigote sombrilla, en tanto su pelo negro hacía malabares todavía por crecer. Era su segunda y definitiva salida de la isla hasta el presente, gracias a idénticos padrinos, pues 23 años atrás había saltado la cerca de la Base Naval norteamericana en Guantánamo sin motivo político alguno. Allí permaneció solo un día, para posarse definitivamente durante 1969 en Miami, en un campo de entrenamiento de Alpha 66 denominado Los Indios, donde recibió preparación en armamentos, explosivos y guerra irregular durante 45 días, pero válidas para toda su burda vida.

Una obsesión clara: asesinar a Fidel Castro

Las emisoras de radios en la ciudad más oportunista y controvertida de Florida despertaron el martes 27 de marzo de 2001 con unas declaraciones inusuales. Nazario Sargén, el mandamás de Alpha 66, convocaba a todos los jefes de grupos anticastristas a tragarse la lengua en el juicio contra cinco jóvenes cubanos, arrestados desde 1998 por cargos de espionaje. —“Debemos acogernos a la quinta enmienda y así no estamos obligados a testificar [...]”—, insistía una y otra vez Sargén, mientras en la Sala del Tribunal, la fiscal Caroline Heck Miller hacía otro tanto repartiendo un memorando de ley en relación

con la referida enmienda entre los testigos citados por la defensa. Increíble. El Estado trastocó los papeles con plena intencionalidad. De velador por la legalidad a inspirador de silencios e injusticias.

Hay alguien en medio de tanto alboroto que solo se ha dedicado a cambiarse de ropa. Le interesa más su publicidad que su derecho a una enmienda que tomaría tiempo entender y a la cual se acogieron los primeros testigos de la mañana. El acostumbrado uniforme de camuflaje con que amaneció ese día en los pasillos de la corte se lo tragó, tal vez, el cesto del baño, y un traje negro con corbata no puede esconder su intrigante aspecto. Ya está frente a René, Gerardo, Ramón, Antonio y Fernando.

—Soy Rodolfo Frómata Caballero y me dedico a manejar un vehículo de transporte de ancianos para un asilo —asegura con impúdica tranquilidad.

El interrogatorio y las pruebas de la defensa desnudan el ambiente circense, mentiroso y aberrante de este llamado comandante en jefe.

—¿Comandos F-4 es una organización legal?

—Sí.

—¿Y por qué uno de sus acompañantes viste de militar? —le inquiriere el abogado Joaquín al mostrarle una fotografía.

—Algunos lo utilizan porque nuestro grupo tiene un departamento civil y otro militar. Nosotros también nos preparamos para cuando Castro ataque a Estados Unidos, pues cuando yo estaba en el ejército en Cuba nos decían que algún día...—, y suelta más y más disparatadas justificaciones sobre lo que es evidente: tenencia de armas para infiltraciones, campos de entrenamiento, financiamiento abundante sin respaldo legal y lo más tenebroso, total libertad en las calles estadounidenses.

Hay más. La cara del mulato se recoge ante cada apretón de verdad. Pasa las manos por la barba de pirámide y se acomoda en el estrado como si estuviera preparado para seguir mintiendo.

—¿Qué explicación da sobre el sitio web de su organización donde publican fotografías de vehículos quemados en Cuba y llaman a adquirir bonos de hasta 100 dólares para sufragar este tipo de acciones por células clandestinas de Comando F-4? —continuó en su turno ofensivo el abogado.

—Somos gente pacífica y lo que ellos hacen es tomado como propaganda por Fidel Castro.

—¿Era su intención enviarle armas a alguien en Cuba para que llevara a cabo el asesinato a Fidel Castro?

—Eso no era un intento de asesinato, era un intento de hacer justicia contra un individuo que causó la muerte de miles y miles de cubanos— confesó en clara contradicción pacifista el obsesionado Frómeta.

Los alegatos de dos de aquellos cinco jóvenes describieron el embeleco de Frómeta, fiscales, jueces, cuando más cerca se tuvo a los verdaderos culpables del terrorismo.

Escribió René: “Mientras tanto, Caroline Heck Miller clama porque estos amables terroristas sean juzgados en el cielo y el señor Frómeta, después de querer comprar no más que un par de misiles antiaéreos, armas antitanque y algún alto explosivo, es tenido como un buen padre, un buen ciudadano y una buena persona que tal vez merezca algo así como un año de arresto domiciliario por la Oficina del Fiscal del Distrito Sur de la Florida. Esto, su Señoría, hasta donde yo conozco se llama hipocresía y es, además, criminal”.

Por su parte, Fernando desenredó la madeja hasta el final. “Yo pensé que la Fiscalía vendría hoy a esta sala a solicitar para mí una sentencia de un año de probatoria. Después de todo, eso fue lo que esta misma Fiscalía le ofreció al señor Frómeta cuando este le compró a un agente encubierto del gobierno un misil Stinger, explosivo C-4, granadas y otros armamentos. No importa que el señor Frómeta le hubiera confesado al propio agente encubierto sus intenciones terroristas y el uso asesino e inescrupuloso que haría de esos materiales”.

—Frómeta, puede retirarse —ordenó la jueza. Recogió su uniforme en el baño y los saludos fuera del recinto aprobaron su actuación. Había conquistado el honor que necesitaba para más terror con la declaración burlesca de ser cojefe de un grupito de pacifistas genéticos, con nombre de vaca cruzada, F-4.

No solo Cuba, también Venezuela

El mar era un clásico espejo. La lancha no apagó los dos motores en ningún momento, ni cuando se acercó más a la costa. Vestidos de tafetán verde oscuro, Santiago Padrón y Máximo

Madreras fueron los primeros en saltar al agua con las mochilas y las armas en alto. Ihosvanis Suris apretó la mano de Rafael Torres Mena en señal de victoria y se despidió con la frase convenida: Todo está bajo nuestro control. Uno de los tríos de infiltración de Comandos F-4 acababa de entrar a la isla por Villa Clara a solo un mes de que su jefe, Rodolfo Frómeta declarara la improbabilidad de tal proceder en la vista oral del juicio contra los cinco jóvenes cubanos en Miami. Nació el 26 de abril de 2001 y otra venganza terrorista.

Confiado en el virtual éxito de la operación, Torre Mena llamó telefónicamente a Suris, jefe del *team* pirata, para las orientaciones precisas. La misión sería colocar bombas en el cabaret Tropicana. Demasiado tarde la instrucción para una tropa detenida a pocas horas de pisar tierra cubana. Los hechos no pudieron ser festejados, pero sí probados una vez más, tal y como ocurrió en junio de 1999 con otro de los estrenados miembros de fila de F-4, Vladimir Morris Urquiza, al ser atrapado minutos antes de transportar varias personas hacia Estados Unidos por miles de dólares, los cuales de seguro ingresarían las arcas de Frómeta y su flamante equipo, nutrido en estos momentos por jóvenes balseros que emigraron del país en la crisis migratoria del verano de 1994.

Y Frómeta, escurridizo y ambicioso de poder embarca su tropa a nuevos planes, publicitados en los medios de comunicación de Miami como los grandes acontecimientos que tumbarán a Castro, y ahora también al gobierno del presidente venezolano, Hugo Chávez. El 4 de septiembre de 2002, una conferencia de prensa, citada para la sede oficial de Comandos F-4, reveló noticias estremecedoras. Invitado especial de Frómeta, el capitán retirado de la Guardia Nacional de Venezuela, Luis García Morales, dio la primicia.

—Hemos hecho una alianza con este grupo de exiliados cubanos en nuestra lucha por derrocar a Chávez —aplausos de los acólitos y una reverencia mayor del anfitrión— si es preciso, yo mismo entraré a Venezuela, sea por mar o por tierra —más aplausos y fotos.

En representación de la Junta Patriótica Venezolana, García Morales precisó que en lo adelante su grupo coordinará disímiles acciones con su homólogo terrorista miamense y citó

como otro de los fines de esa alianza la formación de unidades de contingencia en los campos de entrenamiento de F-4, para una pronta operación de rescate en Venezuela, una vez que se desate la crisis civil y militar de todo el pueblo. Inconclusas para la opinión pública quedarían las respuestas de cómo sufragarían esto, aunque un periodista recordó a sus colegas que una nueva tarjeta de crédito lanzada al mercado del sur de la Florida para sostener los grupos vinculados al terrorismo podría ser la salvación de todos por igual.

Fatídica especie terrorista sigue actuando

Lo cierto de tanta criminalidad y terror de Frómeta y F-4 radica en su impunidad. Desde su regreso a las avenidas norteamericanas en 1997, ha persistido en las visitas y consultas a viejas amistades, entre las más notables, Roberto Martín Pérez, antiguo responsable de las actividades terroristas en la Fundación Nacional Cubano Americana, e hijo de uno de los torturadores más repugnantes del régimen dictatorial de Fulgencio Batista; Ninoska Lucrecia Pérez-Castellón, hija de otro matón; y Guillermo Novo Sampoll, asesino del dirigente chileno Orlando Letelier. Durante años se ha jactado de ser “socio fuerte” de Lincoln Díaz-Balart, congresista cubano-americano, quien evita mencionar tal amistad en sus siempre violentos discursos contra Cuba.

Restan muchos inventos, bravuconerías e historias horribles por contar de Frómeta y Comandos F-4. A sus abultados expedientes jamás podremos dedicarles fríos calificativos. Sus repugnantes acciones quedarán siempre entre cruces temibles y perenne vigilia. Los hombres de esa fatídica especie terrorista apenas alcanzan a comprender la grandeza y valentía de la Revolución Cubana para defenderse y vencer, y menos la inmortal vida en paz que reclama toda la humanidad.

Ningún Estado puede legítimamente consentir o autorizar que se utilice su territorio o que en él se constituyan y enmascaren organizaciones, con la perspectiva de diseñar o llevar a cabo actividades que materialicen su hostilidad a otro país o a su Gobierno. El Relator Especial debe afirmar que constituye un hecho en sí injusto que mientras los autores materiales de los atentados han sido sancionados con penas de extremo rigor, quienes le reclutaron, les entrenaron, les contrataron, les proporcionaron los medios materiales y los explosivos, les dieron documentación y les pagaron, se encuentran en libertad y gozando de plena impunidad en los países donde se encuentran, tal vez con mayor grado de culpa que los autores materiales, de un delito continuado. Lo son, las organizaciones por cuya cuenta actuaron.

Del Informe del Relator Especial
sobre Mercenarismo de la Comisión de Derechos
Humanos de la ONU, en su visita a Cuba,
del 12 al 17 de septiembre de 1999.

Adoradas hijas mías:

[...].

Ahora ustedes podrán entender por qué papá no pudo estar más tiempo a su lado, ni vivir tantos momentos felices y alegres que viven todos los papás con sus hijos [...].

Fragmento de una carta
de Ramón Labañino Salazar a sus hijas

A manera de epílogo

René González Sehwerert

Fragmentos de carta de René González Sehwerert en la cual describe elementos del sistema judicial norteamericano, a partir de la experiencia vivida durante el juicio a que fue sometido en la ciudad de Miami, junto a otros 4 cubanos, por el delito de proteger a su patria contra los terroristas que desde allí y, con total impunidad, ejecutan criminales acciones contra Cuba.

[...] Cuando nuestro juicio estaba a punto de comenzar, uno de los abogados de la defensa nos advirtió sobre la posibilidad de que los agentes del FBI mintieran en el estrado de los testigos: “Ellos podrían pensar que es lo más patriótico”, nos dijo el abogado. Nosotros, a pesar de que conocemos el ambiente de Miami, nos negamos a creerlo hasta que la verdad nos abrió los ojos.

Otro de los abogados lo resumió en una frase más simple: “Cuando un testigo de la fiscalía jura en el estrado, está recibiendo una licencia para mentir”.

[...]

Durante nuestro juicio llegamos a pensar que los fiscales tendrían una oficina dedicada solo a preparar trampas y a manipular el sistema. Yo no pudiera imaginarme cuantos volúmenes habrán dedicado los abogados de este gobierno en estudiar al milímetro todo lo que a mi me ha tomado solo tres hojas el describirte... y mucho más.

[...]

Los fiscales preparan minuciosamente a sus testigos para mentir con la misma impunidad con que lo hacen ellos mismos. Hace

unos años el hermano de Ethel Rosenberg, David Greenglass, admitió que lo habían hecho mentir para complicar a su propia hermana en el caso y llevarla a la silla eléctrica. En nuestro propio caso, del mar de mentiras en que se hundió la justicia, sobresalió la de un testigo que fue llevado para identificar en una grabación la voz de uno de los pilotos de Hermanos al Rescate que, según todo el resto de la evidencia, era imposible que hubiera podido hablar a esa hora porque.....¡YA ESTABA MUERTO!

La explicación desenfada de la fiscal ante tal barbaridad: “Bueno, su señoría, el jurado es libre de creer la versión que desee”.

[...]

Otro ejemplo me viene a la mente de nuestro caso: los fiscales me querían achacar la autoría de una carta que sencillamente no había escrito yo, y según las pruebas de laboratorio del propio FBI, la impresión de mi computadora no se correspondía con la de la carta.

Pues bien, el fiscal se paró en sus argumentos finales y dijo que eso no importaba, que la carta la había hecho yo con mi computadora y que de todas nuestras computadoras ocupadas por ellos la mía era la única que podía haberlo hecho.

Lo peor es que durante el juicio nadie se había molestado en presentar evidencia en relación con nuestros tipos de computadoras. El asunto sencillamente no se había abordado en todo el juicio y todo lo que había era un peritaje del FBI desechando mi computadora como la fuente de la carta.

Pero eso no importó. El señor simplemente se paró ante el jurado y les envió este mensaje: “La evidencia del FBI dice una cosa pero yo, que soy el fiscal, les estoy diciendo otra”. El tipo tenía la más absoluta seguridad de que su sola palabra anularía ni más ni menos que un peritaje del FBI.

[...]

Nuestros abogados hicieron un trabajo limpio, se portaron como caballeros y se sintieron realizados defendiendo el caso como abogados y como seres humanos.

No me atrevía a rechazar la posibilidad de que en algunos casos, en los que estén envueltos clientes de mucho dinero y grandes intereses de por medio, algunos abogados defensores actúen también como criminales. En algunos casos en que los intereses de los abogados y los fiscales coinciden, como

cuando están de por medio los terroristas que en Miami han corrompido hasta la médula el sistema legal, es de suponer que los abogados de la defensa sientan ante las cortes la misma sensación de impunidad que sienten los fiscales, a sabiendas de que nadie les reclamará por exhibir una conducta deshonesto o por mentir ante el juez.

[...]

¡Cuba!

Y hablando de doble rasero. ¿Cómo olvidarse de Cuba? La utilización del sistema legal norteamericano como un arma más contra la Revolución Cubana requeriría de otro capítulo y tiene un sitio de honor en los anales de la infamia de otros tiempos. Algunos casos que recuerdo:

– El caso de Leonel Macías: El individuo que tras asesinar a un oficial de la marina cubana fue liberado de cargos por el juez Lawrence King, aduciendo que no había pruebas.

– Los asesinos de Orlando Letelier: Seis años de prisión por participar en la voladura de un automóvil asesinando a dos personas.

– El caso de Rodolfo Frómata: La fiscalía le ofreció solo un año de prisión domiciliaria por delitos de terrorismo.

¿Recuerdas lo que te decía antes de que los fiscales saben cómo hacer un mal caso para perderlo? Aquí te van dos ejemplos.

– El secuestro de un avión a Tampa: Tres individuos pusieron un cuchillo al cuello del piloto de un pequeño avión de turismo, que tuvo que amarizar por falta de gasolina al oeste de Tampa. El abogado de los secuestradores Ralph Fernández –un mafioso que antes había sido fiscal –interrogó a la víctima acerca de la presencia del diplomático cubano que lógicamente le acompañaba para revolver en el jurado los prejuicios sobre la supuesta vigilancia a que lo tendría sometido la seguridad del estado a través del diplomático. Ningún fiscal con deseos de ganar el juicio hubiera aceptado tal línea de cuestionamiento.

– El caso de Isla Margarita: Tres mercenarios de la Fundación Nacional Cubano Americana fueron interceptados por el Coast Guard en ruta a Isla Margarita; donde atentarían contra Fidel durante la Cumbre Iberoamericana. Obviamente la línea de defensa fue el gastado cuento de que iban a buscar a algún desertor de la comitiva cubana, tal y como explicarían años

después la presencia de tres terroristas en Panamá con varias libras de explosivos.

Pero, ¿cómo explicar la presencia en el barco de fusiles de alta potencia, diseñados para asesinar a largas distancias? La teoría fue que era para defenderse debido a que el gobierno cubano acostumbra a hundir barcos civiles desarmados. Para apoyarlo llevaron como testigo a uno de los que se robara el remolcador 13 de marzo, quien describió su versión de cómo habían sido hundidos por lanchas torpederas cubanas. Un testimonio tan irrelevante como ese no hubiera pasado el veto de una fiscalía dispuesta a ganar su caso.

Creo haberte ilustrado el punto. Un capítulo aparte que prefiero sólo mencionar de pasada sería el de cómo el sistema ha sido utilizado para despojar a Cuba de cuantos centavos le quedan en bancos norteamericanos.

1. ¿Por qué soy inocente?:

Porque ningún país debe castigar a los hijos de otro pueblo por las mismas razones que harían héroes a los hijos suyos.

2. ¿Por qué considero necesaria nuestra presencia en un sitio como Miami?:

Hay que mantener a Cuba a salvo del elemento que está hundiendo a Miami.

[...]

Los personajes que se dedican al terrorismo contra Cuba son una especie en extinción, por suerte minoritaria, que sólo se representa a sí misma; arrogándose una representación que nadie les ha dado con su poder económico y los trucos sucios aprendidos de la CIA, aplicados a la política local de Miami.

Aunque se disfrazan de todo no son nada: Son demasiado calculadores para ser fanáticos. Son demasiado resentidos para ser cristianos. Son demasiado cobardes para ser patriotas. Son demasiado cómodos para ser combatientes. Son demasiado odiadores para ser inteligentes. Son demasiado egoístas para ser demócratas. Son demasiado plattistas para ser cubanos.

Son unos parásitos patéticos adheridos a la cola de un elefante del que se creen ser la cabeza; y se resisten a aceptar que el elefante sólo se acuerde de la cola para espantar moscas.

2. ¿Por qué esa mentalidad tan enfermiza?

Todo comienza con el plattismo. Esta gente creció despre-

ciendo a su propio pueblo a través del Llanero Solitario, Superman y todos esos personajes que les enseñaron, metódicamente, que el que se metía con los americanos estaba destinado a la derrota. Ninguna película les enseñó que un grupito de barbudos ahí, para colmo latinos y guajiros, pudieran resistir multiplicados en su pueblo, los embates del gigante norteno.

Así que se unieron al ganador seguro, a quien además les unía la comunidad de intereses económicos afectada por las primeras medidas revolucionarias. Los americanos no se dejarían arrebatar Cuba por los cubanos y, al recuperarla, les devolverían su parte.

Lo que sigue es un reciclaje de aquel odio inicial, multiplicado ante cada fracaso y esperanza perdida. Luego descubrieron que el odio puede también convertirse en dólares si se administra bien, se provee en abundancia y se convierte luego en votos electorales.

Los votos electorales se convierten en puestos políticos locales, que a su vez terminan materializados en contratos fraudulentos en que se reparte el dinero recaudado en los impuestos, del que luego se utiliza una parte para seguir alimentando el odio en la radio y la televisión, llevando a los ancianos nostálgicos a las urnas para perpetuar el círculo. Cuatro décadas de tal práctica han terminado en esa mentalidad enfermiza.

3. ¿Qué credibilidad tienen en Miami?

Si la credibilidad tuviera algún peso en la política norteamericana Juan Miguel González, el padre del niño Elián, habría sido aclamado presidente a su llegada a Washington. En cualquier caso Bush no sería el inquilino de la Casa Blanca bajo cualquier patrón de credibilidad que se decidiera aplicar.

La actitud mayoritaria del norteamericano medio, expresada en las urnas, es la apatía hacia la política. Este fenómeno se acentúa en Miami donde la política es aun más desprestigiada.

Esto, en mi opinión, más que un fracaso del sistema es parte de su diseño. Mientras más gente desencantada o por las nubes, mayor la abstención electoral y menor la cantidad de electores potenciales a manipular.

Así que todo se reduce, en el caso de Miami, a convencer a la suficiente cantidad de viejitos de que el próximo concejal tumbará a Fidel permitiéndoles el regreso a aquel paraíso del que ya sólo recuerdan lo que les dice la televisión que aquello fue.

La mayor parte de los cubanos —y ni que hablar de los de otras nacionalidades— saben que todo ese estamento terrorista politiquero está lleno de bandidos, pero optan por la abstención y prefieren no complicarse la vida.

Hay un grupo de cubanos que están tomando partido en contra de todo eso, pero todavía siguen siendo minoría al oponerse a la maquinaria que se desata en apoyo de ese establecimiento.



René González Sehwerert